

## HOJA LA FOSILIZARNOS AQUÍ

de Olafur Anthead

*Cuando el dinosaurio despertó,  
todos sus amigos habían muerto.*

“Él, Dinosaurio”

-Kim Shuld

Sigo sin sentir nada. Parece que me acostumbro al olor.

Llevo cinco minutos con la mano en la tostadora. Y nada. No siento dolor en la mano, solo en la cabeza. Solo sé ir atrás y recordar. No sé vivir. Ojalá.

Iba a saltar por la ventana. Tenía la nota de despedida preparada: "He salido por la ventana" pero he visto un charco en el suelo de abajo y como siempre he ido hacia atrás y me he acordado del borracho del pueblo que siempre decía cosas como: "Si pones el oído en un charco se oye a los ángeles"

Enchufando la tostadora me he acordado de la expresión que usábamos tú y yo cuando estábamos increíblemente bien en algún sitio. "Ojalá fosilizarnos aquí"

Creo que tú al menos lo has conseguido. Sí. Al fin.

Sigo sin sentir nada en mi mano. De la tostadora sube un humillo que gira y gira y gira. Veo una forma. La de aquella niña manca del pueblo que dibujaba garabatos en forma de dinosaurios y garabatos en forma de garabatos. La que se ahogó en el río. Decía que dibujaba lo que veía, dinosaurios y muertes con alas.

De todo esto hace ya más de cincuenta años. Por entonces aún existía el pueblo. Antes de que construyeran la presa y nos echaran a todos. Ahogando nuestras casas, nuestros antepasados y nuestras vidas. La niña manca fue la primera, mucho tiempo antes. Puedo verla como si sucediera ahora: los zapateros jugueteando entre los cabellos de la niña boca abajo flotando en círculos por la corriente del río. Los hijos del molinero pinchando con palos el muñón hinchado de la pequeña. Nos veo a tí y a mí días después, con las mejillas reseca de lágrimas y viento. Nos veo en las rocas del faro, en la desembocadura del río, donde el agua giraba como en una lavadora, donde decían que había restos de dinosaurios pegados a las rocas. Nos veo celebrando una ceremonia de despedida y luto para la niña ahogada. Te veo. Eres diminuta, tienes los ojos enormes, violetas como una digestión cósmica. Nos veo. Lloramos. Lanzamos los amuletos de ramitas, despedimos a la niña y nos damos mutuamente besos en cada una de las heridas que nos hemos hecho al trepar por las rocas. Tenemos seis años.

Saco la mano chamuscada de la tostadora y en uno de mis nudillos ennegrecidos veo tu cara con diez años pintando con las manos, y muy enfadada, la pared del lavadero.

En el dedo índice veo tu cara sin vida con setenta y tres, al fin fosilizada.

En el reverso de la mano, veo tu cara comprimida, simplificada y duplicada dentro de una carita angelical e inerte, la de nuestra hijita. Sale de tus entrañas sin llorar. Sin respirar.

En la uña del pulgar te veo con dieciséis años, de noche, en las rocas del faro, sobre los fósiles de los dinosaurios, desnuda, sudando, besándome. Me susurras: “Ojalá fosilizarnos con ellos”

En el dedo anular te veo con la barriga aún hinchada pero sin nadie vivo dentro ni fuera de ti. Sollozas y lanzas cosas contra cosas mientras intento calmarte. Descubro los cortes en tu barriga y las marcas de sangre reseca en las paredes. Pinturas rupestres de puro dolor pintadas

a puñetazos desesperados. Queriendo destrozarse tus tejidos y partir tus huesos de la mano, que son de las pocas cosas que no se te han roto a pedazos aún.

En lo que me queda de dedo meñique me veo a mí mismo. Es curioso cómo uno se acostumbra al dolor. Tengo setenta y tres años, como tú. Me veo hace dos días. Anteayer. Cuando me avisaron de que había vecinos que llevaban meses quejándose del olor de tu piso. Me veo entrando con la copia de la llave que me diste aunque llevamos ya años sin hablarnos. El olor es pútrido y moribundo. Me dan ganas de vomitar. Veo tu piso por primera vez en treinta y cinco años. No reconozco nada. No te veo. Parece como si hubieras perdido o cortado cualquier vínculo afectivo con los objetos que hay ahí. Es difícil de explicar. No es sólo desorden. Es algo mucho más jodido.

Me acostumbro al olor del piso. Un olor de miedo y muerte me envuelve, como de ramas y gluc-glucs. Veo que aún guardas un par de radiografías que tanto nos alegraba encontrar tiradas por la calle.

Parece que no estás en casa. Sigo el pasillo y un par de cucarachas corretean por las paredes. Me acuerdo de la casa del pueblo. Recuerdo la despensa donde jugábamos a encerrar a mi abuelo. Los fósiles de dinosaurios que había en las rocas del faro. Recuerdo las radiografías de mi abuelo con cáncer. Recuerdo las tuberías del techo. Recuerdo dormir arriba en una litera con mi hermano y oír golpecitos en la tubería agujereada que atravesaba nuestra habitación. Recuerdo taparnos con las mantas porque los golpecitos significaban que una cucaracha resbalaba y caía a nuestras cabezas.

Llego a tu habitación. No huelo nada. No siento nada. Pero te veo. Tumbada en el suelo. En posición fetal. Esqueleto. Fossilizada en el suelo. Con unas majestuosas alas de hueso en la espalda.

Al menos tú lo has conseguido.

Se acabó.

Saco la mano carbonizada de la tostadora y se me cae. Cae al suelo mi mano y se rompe a pedazos como una rebanada de pan quemada. Con la otra mano desenchufo del todo la tostadora.

Vuelvo de nuevo a tu casa. Te veo. Arrastro la lavadora de la cocina hasta tu habitación. La coloco frente a tí. La enchufo. Se enciende. Empieza a girar. Abro la puerta. El agua y el jabón caen formando un charco. Me meto dentro de la lavadora. Todo gira y gira y gira. Te veo. Giramos. Todo se mueve. Infinitas revoluciones. Giramos. Te veo. Me ves. Nos vemos.

“Ojalá fosilizarnos aquí”

Seguimos sintiéndolo todo. Parece que no nos acostumbramos al dolor.

Los zapateros jugueteando con mi pelo. Estoy muerta en el río. Me pinchan con palos. Tú vuelas lejos. Y hablas. Les hablas. A aquellos que saben escuchar. A los que te escuchan en los charcos.

A los que te ven en todas partes.

Y vas hacia atrás. Como yo cuando recuerdo. Pero tú vas muy muy atrás. Y te conviertes en cometa. Y caes. Muerte con alas.

Y un par de dinosaurios, como en un dibujo, como tú y como yo hace nada, en el -65.000.000 a.C. susurran:

“Ojalá fosilizarnos aquí”

Y el cometa cae.

Y tú y yo nos fosilizamos con ángeles, lavadoras, humo, garabatos y dinosaurios.

Y al caer, el ángel desde el charco me susurra: “He salido por la ventana”

*Cuando despertó,  
todos seguíamos vivos.*

“Los Dinosaurios”

-Thursa Vernall II